

**Abastecer la Revolución:
La gestión de la guerra en la Comisaría del
Ejército Auxiliar del Perú, 1810-1820**

**Supplying the Revolution:
Warfare Management in the Commissariat of the
Auxiliary Army of Peru (1810-1820)**

Maximiliano Gallo
Universidad Nacional de Mar del Plata
maximilianogallo18@gmail.com

Resumen: Las guerras de independencia en el Río de la Plata tras la Revolución de Mayo implicaron la necesidad de construir ejércitos de línea que se antepusieran a las fuerzas de la corona española en los múltiples frentes de batalla abiertos. Para llevar adelante un conflicto que se extendería por más de una década a lo largo de los dominios del antiguo Virreinato, fue necesario recurrir a distintas estrategias que sostuvieran materialmente a las fuerzas revolucionarias, abasteciéndolas de alimento, vestimenta, ganado para el transporte, entre otros recursos imprescindibles. Esto sucedía a la par que en el seno de los ejércitos se impulsaba un proceso de profesionalización de los mismos, entendido por el gobierno central como indispensable para sostener la causa patriota en pie. Si la historiografía argentina reciente ha investigado este punto interesándose sobre todo en la formación de oficiales para optimizar el funcionamiento de una fuerza armada que se construía día a día, este trabajo explora cómo dicha profesionalización militar alcanzaba también a la gestión de la guerra, tarea que recaía en una dependencia con vestigios coloniales como la Comisaría de Guerra. Más específicamente, el presente artículo pretende abordar el funcionamiento de la Comisaría del Ejército Auxiliar del Perú, cuerpo armado que se desplegó en los extremos septentrionales del virreinato, entre el Alto Perú y el Tucumán. A partir de su estudio utilizando fuentes inéditas y editas, veremos

el modo en que la gestión resultaba esencial para mantener alimentadas y vestidas a las huestes, cuestión que se insertaba en el proceso de profesionalización militar más amplio impulsado por el gobierno revolucionario. Si el avituallamiento de insumos militares durante las guerras de independencia no era puramente anárquico, esto era debido a que el mismo ejército contaba con un costado burocrático que intentaba cuidar el numerario al mismo tiempo que buscaba garantizar víveres, ganados y vestuario para la tropa.

Palabras clave: Revolución, guerra, aprovisionamiento, profesionalización, ejército

Abstract: The Argentine War of Independence following the May Revolution brought about the need to build line armies to face the forces of the Spanish crown in the many battlefronts of the time. In order to sustain a conflict in the territories of the former Viceroyalty that would eventually last over a decade, it was imperative to come up with different strategies to support the revolutionary forces materially, supplying them with food, clothing and workhorses among other essential resources. At the same time, the armies experienced a professionalization process at their very core, regarded as crucial by the central government so as to keep the patriotic cause alive. Whereas recent Argentine historiography has focused on this subject, addressing mainly the development of the officer corps required to enhance military performance, this paper explores how military professionalization was also extended to warfare management, a task commissioned to what might be defined as a colonial entity, the Auxiliary Army of Peru. More specifically, this article is aimed to address the functioning of the Commissariat of the Auxiliary Army of Peru, an armed corps that was then deployed in the northern regions of the Viceroyalty, between Upper Peru and Tucumán. By studying it using unpublished and edited sources, the extent to which warfare management was essential to keep the troops fed and clothed—an issue that was part of the broader process of military professionalization promoted by the revolutionary government— will be demonstrated. If the provisioning of military supplies during the independence wars was not purely anarchic, it was because the army itself had a bureaucratic side that tried to adhere to the available budget while at the same time trying to guarantee food, livestock and clothing for the troops.

Keywords: Revolution, war, supplying, professionalization, army

Para citar este artículo: Maximiliano GALLO: “Abastecer la Revolución: La gestión de la guerra en la Comisaría del Ejército Auxiliar del Perú, 1810-1820”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 10, N° 21 (2021), pp. 179-205.

Recibido 01/04/2021

Aceptado 14/12/2021

Abastecer la Revolución: La gestión de la guerra en la Comisaría del Ejército Auxiliar del Perú, 1810-1820

Maximiliano Gallo

Universidad Nacional de Mar del Plata

maximilianogallo18@gmail.com

Introducción¹

Los estudios de la guerra han sido objeto de una renovación historiográfica reciente a partir del empleo de una multiplicidad de perspectivas. Para el Río de la Plata decimonónico, esto se evidencia en una serie de trabajos que avanzan sobre temáticas como el reclutamiento, la composición, movilización y cotidianidad de los ejércitos, la formación de la oficialidad, las formas de hacer la guerra, así como la directa relación entre ésta y los procesos políticos y económicos del periodo.

En ese marco, el grado de profesionalización de las fuerzas revolucionarias es un tema que se inserta en la literatura en cuestión. Pero mientras que la bibliografía referente al tema se ha detenido sobre todo en analizar la oficialidad,² en este trabajo proponemos el estudio de la profesionalización militar durante la década revolucionaria a través de la gestión material de la guerra, es decir, observando cómo se abastecieron las tropas de uno de sus cuerpos armados, el Ejército Auxiliar del Perú, entre la revolución y el motín de Arequito en 1820, tras el cual la fuerza se desarticuló.³ En última

¹ Este trabajo es una adaptación de uno de los temas tratados en mi tesis de licenciatura desarrollada en la Universidad de Mar del Plata. Agradezco a mis directores, la Dra. María Laura Mazzoni y el Dr. Alejandro Morea por las lecturas y recomendaciones, pero sobre todo por su constante apoyo y acompañamiento. También agradezco a quienes evaluaron este artículo por sus valiosas sugerencias que han permitido mejorarlo.

² Alejandro RABINOVICH: “Obedecer y comandar. La formación de un cuerpo de oficiales en los ejércitos del Río de la Plata, 1810-1820”, *Estudios Sociales*, 41 (2011), pp. 41-67; Alejandro MOREA: “Soldados para la Independencia. Algunas notas sobre las características del cuerpo de oficiales del Ejército Auxiliar del Perú”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2013, <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.65195> [Consultado por última vez el 25-9-2020].

³ La revolución del 25 de mayo de 1810 desató en el Virreinato del Río de la Plata una prolongada guerra entre quienes desconocían la autoridad del Consejo de Regencia y los fieles al mismo, apoyados sobre todo en Montevideo (en un principio) y en el Virreinato del Perú. Con el devenir de los años y los giros propios de la coyuntura, la ruptura se tornaría definitiva en 1816, cuando las Provincias Unidas declararon su independencia definitiva de la Monarquía Española. El Ejército Auxiliar fue la primera fuerza que nació de dicho proceso (en junio de 1810) y se mantuvo operativa hasta 1820, cuando el Motín de Arequito marcó al mismo tiempo la caída del último gobierno central revolucionario y la disolución del ejército, para dar paso a otro capítulo de la historia argentina.

instancia, la pregunta radica en si la búsqueda de la profesionalización militar abarcó al área del aprovisionamiento o si, en cambio, éste se recostó anárquicamente en las requisas, las imposiciones y los fortuitos auxilios locales.

Si bien no ha sido muy trabajada por la historiografía argentina, esta línea de investigación ha acaparado la atención en distintas latitudes y épocas. Aunque menos atractiva para relatar la historia militar tradicional, la logística de la guerra siempre fue un tema central para los protagonistas. Antoine Henri de Jomini, estratega militar de las guerras napoleónicas, le asignó una importancia central al señalarla como una de las seis partes en las que se compone el arte de hacer la guerra al ser «el arte práctica de mover ejércitos».⁴ Más de un siglo después, Martin Van Creveld se apoyó en esa definición pero con un pequeño agregado final: «la logística es el arte práctica de mover ejércitos... y de mantenerlos abastecidos» para estudiar el aprovisionamiento militar desde la modernidad hasta la segunda guerra mundial.⁵ En su libro, Van Creveld planteó el problema –que de alguna manera retomaremos aquí– sobre la provisión por requisas frente al abastecimiento planificado desde la vanguardia. Sin embargo, tal como afirmó más tarde John Lynn, la hipótesis de Van Creveld se mostraba teleológica y lineal al esbozar una progresiva emancipación de los ejércitos frente al aprovisionamiento de la campaña cuando en verdad éste se había mostrado oscilante, sobre todo si se consideraba una fuerza que Van Creveld no había analizado como la naval.⁶

Si la mirada de estos autores radicaba sobre todo en lo militar, trabajos más recientes han estudiado el aprovisionamiento desde los mismos proveedores. En dicho campo se han realizado importantes avances que señalan las relaciones entre los distintos actores que conformaban las redes de abastecimiento. Estos trabajos, dedicados en su mayoría a la modernidad, enfatizan la compatibilidad entre la construcción de los Estados y el desarrollo de esferas militares privadas, tanto para el abastecimiento como, según David Parrot, para la misma guerra –como el caso de los mercenarios.⁷ En efecto, a raíz de esta serie de trabajos se ha propuesto la teoría del *Contractor-state* como una alternativa al tradicional Estado fiscal-militar acuñado por John Brewer y

⁴ Henri Antoine de JOMINI: *Précis de l'art de la guerre, ou Nouveau tableau analytique des principales combinaisons de la stratégie, de la grande tactique et de la politique militaire par le baron de Jomini*. Bruxelles, Meline, Cans et Compagnie, 1838, p. 26, https://archive.org/details/bub_gb_UHtGknh8vgC/page/n5/mode/2up [Consultado por última vez el 13-9-2021].

⁵ Martin VAN CREVELD: *Supplying War: Logistics from Wallenstein to Patton*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977, p. I.

⁶ John A. LYNN: *Feeding Mars: Logistics in Western Warfare from the Middle Ages to the present*. New York, Routledge, 1993.

⁷ David PARROT: *The business of war: Military Enterprise and Military Revolution in Early Modern Europe*. Cambridge, Cambridge University Press, 2012, p. 8.

Charles Tilly en el siglo pasado.⁸ Así, la teoría del *Contractor-state*, que propone analizar la construcción estatal como fruto de una forma de cooperación entre el Estado y los proveedores militares a partir del fortalecimiento de los vínculos entre ambos, ha sido aplicada a diferentes escenarios europeos pero también asiáticos para los siglos XVI-XVIII,⁹ pero no así para Latinoamérica, espacio que proponemos analizar aquí con el foco en el Río de la Plata.

De acuerdo a Alejandro Morea, es posible considerar al Ejército Auxiliar del Perú como «el ejército de la revolución» pues sería aquel que más se identificó con el proceso iniciado el 25 de mayo de 1810.¹⁰ En su seno repercutían fuertemente las intrigas políticas originadas en Buenos Aires y, con el paso del tiempo, pasaría a erigirse como un actor central en el devenir de la revolución. El objetivo de esta fuerza era retener los territorios septentrionales del antiguo virreinato del Río de la Plata bajo la dirección patriota.¹¹ Particular importancia tenía, en este sentido, el Alto Perú, región alejada al bastión realista de Lima y codiciada por su riqueza metalífera. Pero ante la imposibilidad de imponerse en esa zona, el Ejército Auxiliar se asentaría en Tucumán, donde se convertiría en el brazo armado del poder central, suprimiendo levantamientos y castigando desobediencias locales.¹²

Analizar el modo en que esta fuerza se abastecía durante la década presenta algunas dificultades. En primer lugar, es sabido que, si bien se trataba de un único cuerpo militar, en su interior se componía de numerosas divisiones que operaban en diferentes puntos del territorio. Esto sucedía sobre todo en la primera mitad de la década, cuando a las más conocidas batallas en el Alto Perú de Huaqui (1811), Vilcapugio y Ayohuma (1813) y Sipe Sipe (1815) se les sumaban sucesivas contiendas de menor porte donde no asistía el grueso de la tropa. De este modo, es menester tener en cuenta que, para estudiar el aprovisionamiento militar, el acantonamiento del ejército en Tucumán desde 1816 podría marcar un quiebre. Al mismo tiempo, es necesario considerar

⁸ John BREWER: *The Sinews of Power: War, Money, and the English State, 1688-1783*. Londres: Unwin Hyman Ltd, 1989; Charles TILLY: *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*. Madrid: Alianza Editorial, 1992.

⁹ Rafael TORRES SÁNCHEZ: *Military Entrepreneurs and the Spanish Contractor State in the Eighteenth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2016. La compilación de Richard HARDIN y Sergio SOLBES FERRI: *The Contractor State and its implications, 1659- 1815*, Las Palmas, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2012 es el resultado de una conferencia realizada sobre este tópico por el Contractor State Group (CSG). Incluye investigaciones sobre el tema aplicados a Francia, Inglaterra, Holanda, Alemania, España, Eurasia, Portugal y Japón.

¹⁰ Alejandro MOREA: *El ejército de la Revolución. Una historia del Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia*, Rosario, Prohistoria, 2020.

¹¹ Fundamentalmente, el Ejército Auxiliar operó entre el Alto Perú (hoy Bolivia) y el Tucumán, región colonial que abarcaba las zonas del actual noroeste argentino, entre las provincias de Córdoba y Jujuy. Ambas regiones pertenecían al virreinato del Río de la Plata. Sin embargo, luego de la revolución, el virrey de Perú colocó bajo su órbita al Alto Perú dando lugar a una disputa que perduraría hasta la década siguiente.

¹² Cfr. Alejandro MOREA: “El Ejército Auxiliar del Perú y la gobernabilidad del interior, 1816-1820”, *Prohistoria*, 18 (2012), pp. 25-48.

que las necesidades de una fuerza armada en plena guerra a lo largo de una década son ingentes, por lo que en este trabajo nos limitamos al abastecimiento de tres insumos fundamentales: la vestimenta, las reses para el consumo y el ganado.

Con el fin de dar cuenta del sistema de avituallamiento militar, nos focalizaremos en el organismo que estaba a cargo del mismo: la Comisaría de Guerra del Ejército Auxiliar del Perú –luego Intendencia - haciendo uso de la *Instrucción de Comisarios de Guerra de las Provincias Unidas del Río de la Plata*,¹³ elaborada por el Triunvirato en 1812 así como de diversas fuentes documentales éditas.¹⁴

En primer lugar veremos en detalle el funcionamiento de la Comisaría y cómo, a partir de su creciente participación en la gestión de la guerra, se desdobló en dos organismos centrales: la propia Comisaría y la Intendencia; posteriormente nos adentraremos en las distintas vías de abastecimiento, deteniéndonos en algunos actores que intervenían en el mismo a partir de las relaciones que los unían con la dirección militar, y en los inconvenientes que se presentaban en medio de los aprietos que suponía el contexto bélico.

De la Comisaría a la Intendencia: ¿un paso adelante en la gestión militar?

Los esfuerzos empleados por el gobierno revolucionario para llevar adelante su empresa tenían en el centro de sus preocupaciones a la guerra. La historiografía se ha detenido sobre este punto, analizando el elevado grado de militarización que alcanzó el Río de la Plata a partir de la máxima de convertir a todos los ciudadanos en soldados.¹⁵ Tras un comienzo fallido en el campo de batalla, hacia el año 1811 los miembros de la Junta de gobierno comenzaron a tomar conciencia de la necesidad de disciplinar mejor a los hombres y aumentar el grado de profesionalización militar que existía hasta entonces en la región.¹⁶

En este contexto, el principal punto que los preocupaba era el del empleo y la formación de oficiales, a partir de los cuales se debían montar ejércitos de línea capaces de sostener la revolución. Esta ha sido la puerta de entrada más reciente para los estu-

¹³ John Carter Brown Library: *Instrucción de Comisarios de Guerra de las Provincias Unidas del Río de la Plata*, Buenos Aires, Imprenta de Niños Expósitos, 1812.

¹⁴ Para este trabajo no se han consultado los registros de la Comisaría de Guerra que puedan hallarse en el Archivo General de la Nación o en otros archivos provinciales debido al cierre de los mismos por el aislamiento sanitario en 2020 y 2021 por la pandemia de COVID-19.

¹⁵ Alejandro RABINOVICH: “La militarización del Río de la Plata, 1810-1820. Elementos cuantitativos y conceptuales para un análisis”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 37 (2012), pp. 11-42, <https://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/ravignani/article/view/2683/pdfISSN%200524-9767> [Consultado por última vez el 14-10-2020].

¹⁶ Tulio HALPERIN DONGHI: *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2015; Alejandro MOREA: *El ejército de la Revolución...*

dios de la profesionalización militar en el Río de la Plata, principalmente a partir de los trabajos de Fradkin, Morea y Rabinovich,¹⁷ quienes demostraron que, si bien la profesionalización fue limitada, también supuso modificaciones estructurales en la composición de la oficialidad a partir de la movilidad social ascendente de grupos hasta entonces marginados. En estas páginas avanzaremos en otra alternativa posible para aproximarse a la profesionalización del ejército: el de la gestión de la guerra, tarea que recaía en la Comisaría.

Aunque su existencia se remontaba al periodo colonial, en el Río de la Plata el cargo del Comisario de guerra no había tenido mayor relevancia hasta la revolución. Esto se debía sobre todo a que esa región se encontraba alejada de los principales focos de conflicto que enfrentaba la Corona y, aun existiendo frentes abiertos, el número de huestes desplegadas no justificaba la presencia de un comisario. En cambio, las autoridades de la Junta revolucionaria que diseñaron la primera expedición hacia el Alto Perú dispusieron la presencia de uno en la delegación, puesto para el que designaron a Antonio del Pino.¹⁸

La primera indicación que recibía el comisario era la de hacerse cargo de «todos los utensilios, municiones, víveres y demás aprestos de esta expedición (...)».¹⁹ A pesar de estas directivas, el cargo del comisario acapararía más tareas, formalizadas definitivamente con la *Instrucción* publicada en 1812. De acuerdo a Rabinovich, el Comisario de guerra era:

El burócrata del ejército en el sentido más literal del término, la personificación más clara del gobierno del bureau: ante la tropa del regimiento formada, el comisario hacía traer mesa y sillas, papel y tintero, y procedía a traducir en términos administrativos el estado físico de la unidad.²⁰

Esto se condecía con el objetivo inicial de la dirección revolucionaria: conformar un ejército profesional para resistir los embates realistas. Lejos de innovar, las

¹⁷ Raúl FRADKIN: “Tradiciones militares coloniales. El Río de la Plata antes de la revolución”, en Flavio HEINZ (comp.), *Experiências nacionais, temas transversais: subsídios para uma história comparada da América Latina*, São Leopoldo, Editora Oikos, pp. 74-126; Alejandro MOREA: “El Proceso de profesionalización del Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia”, *Quinto Sol*, 15:2 (2011), pp. 1-23; Alejandro RABINOVICH: “Obedecer y comandar...”

¹⁸ Si bien el primer designado para el cargo fue Juan Gil, su renuncia casi inmediata desembocó en la llegada de Antonio del Pino, quien estuvo al frente de la Comisaría hasta 1816. Adolfo CARRANZA: *Archivo General de la República Argentina*, Buenos Aires, G. Kraft Editor, 1894. Tomo I, p. 79.

¹⁹ *Ibidem*, Tomo I, p. 79.

²⁰ Alejandro RABINOVICH: “La imposibilidad de un ejército profesional: Ramón de Cáreres y el establecimiento de procedimientos burocráticos en las fuerzas del Río de la Plata, 1810-1830”, *Quinto Sol*, 17:1 (2013), p. 6, <https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/quintosol/article/view/597> [Consultado por última vez el 14-10-2020]

prerrogativas por las que se regiría el mismo eran las propias de la monarquía, sobre todo la Ordenanza Militar de Carlos III.²¹ Siguiendo esos lineamientos, la intencionalidad de profesionalizar a la fuerza comprendía una burocratización que se materializaba en la Comisaría. Sin embargo, cabe matizar aquí su impronta profesional o burocrática pues, si bien era el anhelo de la dirigencia, esto no se traducía en un organismo plagado de funcionarios. De acuerdo a Juan Carlos Garavaglia, la Comisaría General de Guerra contaba hacia 1818 con 5 empleados. A primera vista pareciera que se trata de números ínfimos teniendo en consideración la complejidad que suscitó la guerra en el Río de la Plata. Sin embargo, si se los compara con otras dependencias, la cantidad no es insignificante: a modo de ejemplo, en el mismo periodo, la Secretaría de Guerra contaba con 8 empleados, y la de Gobierno, con 11.²² En todo caso cabe señalar que, por más escaso que fuera el número de funcionarios, éste ya era superior al de la etapa colonial.

La redacción de la *Instrucción* intentó, hacia 1812, concretar aún más estas intenciones dotándolas de un instructivo completo. El esquema que se proponía era la existencia de una Comisaría de Guerra central ubicada en Buenos Aires “donde está el depósito de las tropas, y el acopio de todos los enseres y aprestos militares” mientras que comisarios “particulares o accidentales” acompañarían a las expediciones hacia el resto de las provincias.²³ No obstante, si bien en la antigua capital virreinal se encontraba, en efecto, una Comisaría central bajo el mando de Victorino de la Fuente, la misma no parecía controlar en todo momento a su subalterna del Ejército Auxiliar. Esta última, en cambio, se comunicaba directamente con la Hacienda para autorizar pagos. A modo de ejemplo, en 1812, el comisario Antonio del Pino solicitaba a la Comisaría de Buenos Aires la autorización del pago a un transportista. Sin embargo, Manuel Belgrano, general en jefe del Ejército, intercedía y decidía aprobar sin más la cuenta al considerar los gastos «racionales».²⁴

Las tareas que debía llevar a cabo el comisario abarcaban un amplio número de actividades, aunque se las puede agrupar en dos objetivos principales: pasar revista y

²¹ *Ordenanzas del Ejército, para su régimen, disciplina, subordinación y servicio: Dadas por Su Majestad Católica en 22 de Octubre de 1768. Reimpresas de orden del Gobierno de Venezuela por la primera edición real de Madrid de 1768*, Caracas, Imprenta de V. Espinal, 1841.

²² Juan Carlos GARAVAGLIA: “La burocracia en el Río de la Plata. Buenos Aires, 1810-1861” *Anuario IEHS*, 25, 2010, p. 126.

²³ *Instrucción...*, p. 5. Los comisarios “particulares o accidentales” podían ser tanto comisarios propiamente dichos como oficiales que ocuparan provisoriamente el cargo. De hecho, en repetidas ocasiones eran funcionarios locales los que se hacían cargo de abastecimiento militar, tal como sucedió en Tucumán, donde el tesorero provincial, José Ayala estuvo a cargo de proveer de materiales de guerra y transporte a los soldados. Una situación similar se daría en Santiago del Estero y Catamarca en el mismo período. Cfr. Pablo IRAMAIN: *La construcción de comunidades políticas en el Río de la Plata: Tucumán, Catamarca y Santiago del Estero entre 1810-1838*, Tesis doctoral inédita, Universidad de La Plata, 2010, pp. 128-129.

²⁴ *Documentos para la historia del General Don Manuel Belgrano*, Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano, Tomo IV, p. 530.

abastecer al ejército. Pasar revista era una diligencia central para la Comisaría. De su correcta realización dependía el exacto conocimiento del estado de la tropa y del número de hombres, aspecto esencial para la comandancia pero también para la tesorería, dado que la remisión de fondos para el pago de sueldos se hacía en base a la lista que remitía el comisario. Por estas razones era que la *Instrucción* se explayaba detenidamente sobre este punto, dedicándole casi la mitad de sus setenta páginas.

Lo restante del documento estaba destinado a las tareas referentes al abastecimiento. El comisario debía gestionar los gastos de la caja militar para la adquisición de todos los bienes que consumía el ejército, al mismo tiempo que estaba a cargo de la construcción y mantenimiento de las fortificaciones.²⁵ Para la compra de insumos era necesario realizar cálculos constantes de las cantidades a adquirir, cuestión que requería también prever los desplazamientos de la tropa para garantizar el pleno abastecimiento durante el traslado.²⁶ El alimento no era únicamente para la oficialidad y la tropa, sino también para las cabalgaduras (a las cuales se les pasaba revista): cuando el terreno donde se encontraban no disponía de pasturas aptas, el comisario también debía velar por su alimentación mediante la contratación de asentistas.²⁷

Para todo ello era imperante realizar inventarios continuos, a fin de conocer el estado exacto de las provisiones. Estos se hacían regularmente y luego de cada combate; si se trataba de una victoria, con seguridad los almacenes militares estarían más abastecidos. En ese caso, la *Instrucción* indicaba que, tras la ocupación de una ciudad enemiga, la prioridad debía estar en asegurar la pólvora, las municiones y pertrechos, la artillería y el vestuario. Mientras se realizaba la ocupación de un nuevo territorio, las tareas podían exceder lo referente al abastecimiento para convertir al comisario en un agente recaudador de las contribuciones forzosas y de los impuestos que se cobraban.²⁸

Sin embargo, el inventario no se ceñía únicamente a lo existente en poder del ejército, sino que la *Instrucción* indicaba que el comisario debía asimismo inventariar lo almacenado en los depósitos de los proveedores, sobre quienes podía intervenir y controlar sus actividades comerciales con terceros mientras tuvieran un contrato pactado con el ejército.²⁹

Todas estas funciones –y otras menores– parecían excesivas para estar bajo la supervisión de un solo funcionario. A raíz de eso, durante su primera estadía al frente del Ejército Auxiliar, el general Belgrano impulsó la creación de la Intendencia para alivianar las funciones del comisario, indicando que:

²⁵ *Instrucción...*, pp. 64-65.

²⁶ *Ibidem*, pp. 44-45.

²⁷ *Ibidem*, p. 51.

²⁸ *Ibidem*, pp. 55-56.

²⁹ *Ibidem*, pp. 57-58.

(...) en todo Ejército debe haber una persona de probidad, y suficiencia, que corra con la compra de víveres, géneros para el consumo de la tropa, útiles de hospitales, fletes en carretas, y mulas para los transportes, a fin de que todo esto se haga a precios cómodos, en la mejor calidad, del modo más pronto y menos gravoso, se distribuya con economía, precaviendo el desperdicio y fraude, que de otro modo es inevitable.

Semejante carga, advertía Belgrano, sobrepasaba la capacidad del comisario, quien además era el:

Encargado de la administración de los caudales, que necesita una asistencia continua en su oficina para el despacho diario, y arreglo de los libros, y cuentas que debe llevar con exactitud, y orden (...).³⁰

Para conseguir un mejor funcionamiento, Belgrano informaba de la creación de una Intendencia Interina, con el fin de dividir las funciones y alivianar el trabajo.³¹ Como Intendente fue nombrado Antonio Del Pino, quien hasta entonces era comisario de guerra, mientras que en la Comisaría se designó a Pedro Echevarría, quien desde 1810 había sido el «escribiente del Comisario».³² Con el nuevo diagrama, la Intendencia –desde entonces definitiva en el Ejército Auxiliar– pasaba a ser el organismo burocrático de mayor importancia.

Aunque Belgrano no aclaraba exactamente las funciones que le cabían a cada una, distintos documentos indican que la Comisaría mantendría sus funciones sobre el abastecimiento y la revista, mientras que la Intendencia se encargaría de administrar la caja militar, dando visto bueno a los pagos efectuados por el comisario.³³

Tras la fatídica derrota de Huaqui y una breve comandancia de Juan Martín de Pueyrredon, Belgrano asumió la dirección del ejército con el objetivo de reconstruir una fuerza vapuleada, impulsando cambios en distintos rubros que tenían por fin consolidar una fuerza más organizada para resistir el avance realista y, eventualmente, tomar el Alto Perú. Entre ellos se ubican la reorganización del Parque y de la Maestranza, la mejora del Servicio de Sanidad y el establecimiento del Tribunal Militar, del

³⁰ *Documentos para la historia...*, op. cit., Tomo VI, p. 294.

³¹ *Ibídem*.

³² *Ibídem*, Tomo III, Vol. 2, p. 292.

³³ Libranzas de pago por compra de reses en 1819, ejecutadas por el comisario José Lino de Chopitea y autorizada por el Intendente, Juan de Bernabé y Madero. Archivo General de la Nación, Sala X, Legajo 11-4-6.

Cuerpo de Ingenieros, de la Compañía de Guías y de una Academia para oficiales.³⁴ Es en este sentido en que se inscribe la resolución sobre la creación de la Intendencia y la división de tareas. La reestructuración militar se acompañaba de un mayor ordenamiento burocrático, donde la Comisaría y la Intendencia jugarían un papel central.

En sintonía con el sistema de avituallamiento real, la *Instrucción* señalaba dos vías principales de abastecimiento: la *administración* y el *asiento*.³⁵ Mientras que la primera suponía la gestión directa por parte del ejército –o eventualmente del poder central– para la provisión, la segunda procuraba la contratación de un tercero. Si bien la *Instrucción* no se detenía sobre qué forma de gestión era preferible u obligatoria para cada categoría, lo cierto es que la mayor parte de las provisiones militares se efectuaron a través de proveedores privados. Es probable que en el único sector donde se destacó la *administración* fuera en el armamentístico donde, aunque la artillería y los fusiles se importaban de ultramar, muchos otros elementos –como la pólvora, las armas blancas o los pertrechos– se realizaban en fábricas propias instaladas en distintos puntos, como Jujuy, Tucumán y Córdoba, donde también se efectuaban reparaciones.³⁶

Recurrir a los proveedores privados era, por lo tanto, la vía más frecuente con que contaba la Comisaría de guerra. La *Instrucción* dictaba las condiciones en que se debía pactar con los asentistas, con los cuales se realizaba un contrato estipulando el precio y el período de pago, que sería cada dos o cuatro meses. Sin embargo, esta directiva suponía la existencia de asentistas fijos que proveyeran al ejército de manera regular y a quienes se les pagaría con un esquema fijo.³⁷

En la práctica esto no siempre sucedía: si bien el Ejército Auxiliar mantenía relaciones estables con algunos abastecedores, también recurría a proveedores circunstanciales, con los cuales no se realizaban contratos sino que se ejecutaban compras directas. Esta posibilidad también estaba considerada en la *Instrucción*, donde se mencionaba la alternativa de acudir a los «pueblos de tránsito» para alimentar la caballería, conseguir ropajes, municiones, artillería, víveres, entre otros bienes. El pago en esas circunstancias debía ser en metálico si la caja de la Comisaría lo disponía o, en su defecto, mediante libranzas. En caso de que el vendedor se negara a recibir una libran-

³⁴ Alejandro MOREA: “El proceso de profesionalización...”, p. 15.

³⁵ Véase Rafael TORRES SÁNCHEZ: op. cit.

³⁶ En la ciudad de Buenos Aires también se ubicaban fábricas de este tipo, cfr. José MARILUZ URQUIJO: “La industria metalúrgica rioplatense en la primera mitad del siglo XIX”, *Épocas*, 1 (2007), pp. 67-78; Tulio HALPERIN DONGHI: *Argentina. De la Revolución de Independencia a la Confederación Rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1993, p. 58. Lo mismo sucedería en Mendoza desde 1815 en ocasión de la conformación del Ejército de los Andes, cfr. Beatriz BRAGONI: *San Martín. Una biografía política del libertador*, Buenos Aires, EDHASA, 2019.

³⁷ *Instrucción...*, p. 51.

za a cambio de sus mercancías, el comisario podía solicitar empréstitos a los habitantes a través del ayuntamiento.³⁸

Aunque no contamos con fuentes que indiquen la negativa por parte de pequeños comerciantes o productores a recibir libranzas del ejército, esto podía ser factible dado la dificultad que comprendía su posterior cobro al tratarse de remotas localidades del Tucumán. Por añadidura, la *Instrucción* preveía que para abonar una libranza –en Buenos Aires u otra caja–, ésta debía acompañarse de un oficio enviado por la Comisaría y visado por el general o algún comandante de rango para comprobar la veracidad e identidad del portador (quien podía ser el mismo vendedor o un tercero endosado). Verificar la identidad no siempre era una tarea sencilla, cuestión que quedaba librada a la voluntad de los funcionarios de las haciendas quienes podían suspender el pago si «el que lo ha de recibir no es un sugeto muy conocido y abonado (...)».³⁹

Las libranzas provenientes del Ejército Auxiliar podían ser giradas contra la tesorería de Buenos Aires o bien contra otras cajas como la de Tucumán o la de Potosí. La villa altoperuana era una fuente de riquezas reconocida por sus minas de plata, pero las contingencias de la guerra no siempre la convertían en una banca disponible de divisas. Sin embargo, la esperanza que mantenían las autoridades rioplatenses hacían de ella una promesa para redimir pagos aun estando ocupada, pero con la expectativas de que eventualmente estaría bajo dominio patriota.⁴⁰

Andrajosos y hambrientos: la necesidad de vestir y alimentar a la tropa

Mantener un ejército apto para dar batalla suponía, entre otros puntos, contar con soldados pagos, alimentados y vestidos. Si bien esto pueda resultar una obviedad, la importancia que estos aspectos tenían para las fuerzas patriotas del Río de la Plata era central. Entre las motivaciones para alistarse a las distintas fuerzas revolucionarias, lo material se ubicaba en un primer plano. La historiografía se ha detenido en estos puntos. Halperin Donghi señaló la relevancia que tenía para la plebe porteña el hecho de hacerse con un uniforme militar, incluso antes de la revolución.⁴¹ De igual modo, trabajos más recientes resaltan que muchos hombres encontraban en la conscripción un modo de asegurarse un sueldo cuyo cobro, si bien no era regular, constituía una segu-

³⁸ *Ibidem*, p. 53.

³⁹ *Ibidem*, p. 54.

⁴⁰ Numerosos pagos y empréstitos eran tomados a cambio de papeles que indicaban la devolución en las cajas potosinas una vez recuperada o establecida la paz en el Alto Perú. Así lo hacía Güemes en ocasión de un empréstito tomado en Jujuy en 1815, Luis GÜEMES: *Güemes Documentado*, Buenos Aires: Editorial Plus Ultra, 1980, Tomo II, pp. 471, 476-478; Tomo III, pp. 157-158. También el poder central recurría a Potosí como tesorería confiable para la devolución de empréstitos, tal como hacía Pueyrredon en 1819. *Registro Oficial de la República Argentina*, Buenos Aires, Imprenta La República, 1879, Tomo I, p. 522.

⁴¹ Tulio HALPERIN DONGHI: “Militarización revolucionaria en Buenos Aires, 1806-1815”, en *Íd.* (comp.), *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978, pp. 122-158.

ridad difícil de hallar en otros rubros.⁴² A pesar de las dificultades que podía significar formar parte de un ejército revolucionario en un contexto de guerra permanente –lo que incluía la ausencia en los hogares y someterse a una disciplina inusual–, el relativo seguro de contar con un salario, vestimenta y alimento era una motivación para los soldados, a lo que se sumaba la posibilidad de una movilización social ascendente.

En este sentido, el aprovisionamiento militar toma un cariz mayor. No sólo resultaba imperativo su correcto funcionamiento para mantener preparadas a las huestes, sino que era una condición indispensable para garantizar que los reclutas se mantuvieran en las filas el mayor tiempo posible.⁴³ Cuando los motivos para alistarse no eran satisfechos, la posibilidad de desertión era frecuente. Entre las razones que acusaban quienes desertaban, la falta de pago y las malas condiciones de supervivencia en el ejército se ubicaban entre las principales. Las desertiones, por lo general, no eran individuales si no que se producían en grupos. Al mismo tiempo, el riesgo ante la disconformidad extendida en el seno de la tropa podía conducir a motines que, si bien podían ser duramente reprimidos, no dejaban de representar una preocupación para la comandancia, aspecto que reafirma la dificultad de profesionalizar y disciplinar las huestes.⁴⁴

De este modo, la necesidad de proveer alimento y vestimenta se tornaba crucial para la comandancia durante toda la década. Para ello existían distintas alternativas de aprovisionamiento que acaparaban desde la improvisación y la informalidad, como la caza y las requisas, hasta las que dictaba la *Instrucción*, como la contratación y la subasta. Estas últimas se perciben con mayor facilidad para la segunda mitad de la década, cuando el ejército se estableció en Tucumán.

En efecto, el arribo de las tropas a esta ciudad alteró el panorama local. La producción y el trabajo se reorientaron hacia la guerra en muchos rubros, tales como la elaboración de alimentos para los soldados o la introducción en empleos y oficios relacionados a la industria bélica.⁴⁵ Desde mediados de la década un importante número

⁴² Gabriel DI MEGLIO: “Soldados de la Revolución. Las tropas porteñas en la guerra de Independencia (1810-1820)”, *Anuario IEHS*, 18 (2003), pp. 39-65; Beatriz BRAGONI: “Guerreros virtuosos, soldados a sueldo. Móviles de reclutamiento militar durante el desarrollo de la guerra de independencia”, *Dimensión Antropológica*, 35 (2005), pp. 95-138.

⁴³ Beatriz BRAGONI: “Guerreros virtuosos...” op. cit.

⁴⁴ Gabriel DI MEGLIO: op. cit.; Alejandro RABINOVICH: “El fenómeno de la desertión en las guerras de la revolución e independencia del Río de la Plata: 1810-1829”, *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 22 (2011), pp. 33-56, <http://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/290> [Consultado por última vez el 2-2-2021]; Alejandro MOREA: “Las desertiones en el Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia en el Río de la Plata, 1810-1820. Una aproximación cualitativa”, *Americanía. Revista de Estudios Latinoamericanos*, Número especial (2015) pp. 159-197, <https://www.upo.es/revistas/index.php/americania/issue/view/89> [Consultado por última vez el 2-2-2021]

⁴⁵ Cfr. Tulio HALPERIN DONGHI: “Gastos militares y economía regional: el Ejército del Norte (1810-1817)”, *Desarrollo Económico*, 11:41 (1971); Gabriela TÍO VALLEJO: *Antiguo Régimen y Liberalismo. Tucumán, 1770-1830*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 2001, p. 192.

de personas pareció hallar en la guerra un negocio redituable o, cuanto menos, una vía de escape ante las ruinas que provocaban las batallas y las dificultades de comerciar con el Alto Perú. Tanto los trabajos de Gabriela Tío Vallejo como los de Cristina López destacan el crecimiento demográfico hacia 1818 gracias a la llegada de emigrados, soldados y pobladores de la campaña –lo que reorganizó el mercado de trabajo local– y de nuevos comerciantes procedentes de Buenos Aires que hallaban en el suministro militar una vía de enriquecimiento.⁴⁶

De acuerdo a un trabajo de María Paula Parolo sobre los beneficios económicos de la guerra, desde 1816 se hallaba en esa provincia un amplio número de proveedores militares, aunque sólo unos pocos fueran asentistas con contratos duraderos. El establecimiento de un conglomerado armado con dinero pasible de volcarse en el mercado local –algo que destacó Halperin Donghi⁴⁷ y necesitado de alimentos, vestimenta y ganado se abasteció gracias a más de un millar de individuos –entre proveedores e intermediarios– que se hicieron con más del 90% de los egresos de la caja provincial. Aunque no define con especificidad el número, Parolo indica la existencia de «proveedores por contrata», muchos de los cuales formaban parte del sector encumbrado de la sociedad y asumirían cargos militares y políticos en los años subsiguientes.

De los proveedores directos, sólo el 10% abasteció al ejército por tres años o más –entre los cuales estarían, con probabilidad, los asentistas o «proveedores por contrata». En contrapartida, el 74% lo abasteció por sólo un año y el 16%, por dos. La concentración de quienes proveían con mayor regularidad conducía además a la especialización que ejercía cada uno: de aquellos que lo hacían de manera más estable, el 65% comercializaba un solo producto, mientras que los abastecedores circunstanciales mantenían niveles de diversificación en sus ventas más notorios, proporcionando efectos de tienda (como paños, papel, botones), víveres variados de almacén (yerba, sal, aceite, azúcar) y algunos alimentos, sobre todo carne.⁴⁸ El destino de los egresos provinciales denota con claridad la existencia de un grupo beneficiario: el 10% de los abastecedores se hicieron con el 75% del total de los gastos de guerra provinciales.⁴⁹

Ahora bien, si lo analizado por Parolo remite a la última mitad de la década revolucionaria y primera de la posterior y se enfoca sobre todo en las cuentas provinciales, aún permanece pendiente completar el cuadro respecto al abastecimiento del

⁴⁶ Gabriela TÍO VALLEJO: op. cit.; Cristina LÓPEZ: “Revolución, libre comercio e importaciones en Tucumán, 1809-1819”, en Íd., *Identidades, representación y poder entre el Antiguo Régimen y la Revolución: Tucumán, 1750-1850*, Rosario, Prohistoria, 2009, pp. 103-120.

⁴⁷ Tulio HALPERIN DONGHI: “Gastos militares...”

⁴⁸ María Paula PAROLO: “Los beneficios económicos de la guerra. El perfil social de los proveedores del Ejército en Tucumán, 1816-1825”, *Congreso Bicentenario de la Independencia Argentina*, 2016, pp. 5-6.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 6. Es importante tener en cuenta que el trabajo referido se basa en los Libros Mayores de Contaduría de la Hacienda de Tucumán, es decir, en la caja de la provincia y no en la caja militar del Ejército Auxiliar del Perú. La superposición entre ambas era muy frecuente en el período y presente un problema para los estudios enfocados en las finanzas revolucionarias.

Ejército Auxiliar. La importancia de los proveedores fijos parecería ser una constante durante el decenio, pero esto no iba en detrimento del apoyo en las compras circunstanciales.

Uno de los recursos esenciales para la tropa era la vestimenta, fundamental para el abrigo de los soldados. Ésta se obtenía de dos formas principales: envíos desde Buenos Aires –usualmente de las prendas ya confeccionadas– o compras de telas para la elaboración por el mismo ejército. Puesto que se trataba de vastas cantidades de tela, la misma se obtenía de mercados específicos, por lo general del Alto Perú. Confeccionar los propios uniformes era una práctica que Belgrano implementaba con regularidad con el objetivo de ahorrar gastos y mantener a la tropa en funciones. Tras las victorias de Tucumán y Salta, emplazado con sus hombres en la ciudad de Jujuy en marzo de 1813, Belgrano ordenó comprar siete cargas de tocuyos a Cochabamba para que los soldados «siempre tirados, y siempre en trabajos, y poco menos que desnudos; que se hagan las camisas que se puedan (...)». ⁵⁰ Sin embargo, esta tarea no recaía únicamente en las huestes; la ayuda de las vecinas era resaltada como una contribución patriótica a la causa revolucionaria. Tras la batalla de Tucumán, Belgrano solicitaba al gobierno la publicación en *La Gazeta* del agradecimiento a dos vecinas que habían cosido «tantas camisas para el ejército de mi mando cuantas corresponden». ⁵¹

Al menos hasta la derrota de Sipe Sipe a fines de 1815, ⁵² la adquisición de paños en las ciudades como Cochabamba era frecuente a pesar de las dificultades para comerciar que podía traer aparejada la guerra. Esto indicaría que las redes comerciales entre el Tucumán y el Alto Perú –que antecedian a la revolución– lograron sostenerse a pesar de las batallas. ⁵³ Por lo demás, el hecho de que el dominio de esa región oscilara entre patriotas y realistas supone que los mismos proveedores que abastecían a los primeros de telas, también lo hacían para los segundos, y viceversa. De acuerdo a Jorge Gorostiaga, un comerciante que operaba entre Tucumán y Salta, un par suyo, José Gurruchaga, agente que ocasionalmente figuraba proveyendo al Ejército Auxiliar:

camina para ejército enemigo llevándole algunos efectos. Del mismo modo caminó don Manuel Tejada; de quien espera que a su vuelta del ejército enemigo le entregará algunos pesos, productos de efectos que también le confió. ⁵⁴

⁵⁰ Gregorio Weinberg (dir.): *Epistolario Belgraniano*, Buenos Aires, Taurus, 2001, p. 207.

⁵¹ MUSEO MITRE: *Documentos del archivo de Belgrano*, Buenos Aires, Coni Hermanos, 1914. Tomo IV, p. 361.

⁵² La batalla de Sipe Sipe, en noviembre de 1815, fue la última contienda donde el grueso del Ejército Auxiliar se enfrentó a su par realista en el Alto Perú. Tras la derrota de los patriotas comandados por José Rondeau, la región permanecería definitivamente ajena al gobierno revolucionario.

⁵³ Viviana CONTI y Gabriela SICA: “Arrieros andinos de la colonia a la independencia”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2011, <http://journals.openedition.org/nuevomundo/60560> [Consultado por última vez el 12-9-2021].

⁵⁴ Luis GÜEMES: op. cit., Tomo VIII, pp. 393-394.

Pero la colaboración no existía sólo entre los agentes privados. En tiempos de paz, los mismos ejércitos enemigos podían suministrarse bienes de primera necesidad. Entre las condiciones del armisticio que firmaron, en las vísperas de la batalla de Huaqui, José Castelli, encargado político del Ejército Auxiliar, y José Manuel de Goyeneche, general realista, se contemplaba que

(...) cuando los Generales de ambos ejércitos necesiten reciprocamente algunas especies de esta ú otra clase [víveres frescos] se las suministrarán mutuamente con generosidad y esactitud [sic].⁵⁵

Para mantener fluidas las redes de aprovisionamiento con el Alto Perú, una de las estrategias a las que se recurría era tener en la Comisaría de guerra a un hombre de contactos estrechos con esa región. Hacia 1811, Antonio Del Pino propuso como auxiliar a José Jacinto Ayllón, un vecino de la ciudad de Oruro,⁵⁶ localidad donde las tropas se apoyaron previo a la batalla de Huaqui. El mismo año fue nombrado como «proveedor del ejército» José Labranda y Sarverri, por entonces administrador de tabacos de Chuquisaca.⁵⁷ Tras la partida de Del Pino en 1816, en su reemplazo en la Intendencia fue designado Juan de Bernabé y Madero, un potosino que había vivido en Buenos Aires y cuya familia incursionaba en el comercio y la minería.⁵⁸ El comisario durante ese mismo período era José Lino de Chopitea, un chuquisaqueño que en los años posteriores se desempeñaría en la política boliviana.⁵⁹ Con todo, la presencia de estos personajes abocados a las actividades privadas en la función pública no es en absoluto una novedad, sino que se trataba de una característica propia de la sociedad colonial. En efecto, el hecho de que buena parte de las funciones en la Comisaría fueran cubiertas por funcionarios cuyas características no concuerdan con las del funcionario weberiano podría discutir la noción de una burocratización instantánea.⁶⁰ En cambio, podría considerarse que se trataba, para algunos de ellos, de la continuidad de sus actividades económicas al mismo tiempo que del inicio en la función pública, ha-

⁵⁵ Adolfo CARRANZA: op. cit., Tomo VII p. 83.

⁵⁶ Carlos Ales ORESTE: *Antonio del Pino, Primer Comisario de Guerra del Ejército Argentino (1810-1816)*, Buenos Aires, Batallón de Intendencia 601 “Antonio del Pino”, 1981, p. 22.

⁵⁷ Luis GÜEMES: op. cit., Tomo I, p. 384.

⁵⁸ Isidoro RUIZ MORENO: “Los Bernabé y Madero en el Plata”, *Revista del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas*, 23, 1989, <https://historiadecovalada.wordpress.com/2015/05/20/la-estirpe-del-apellido-madero-ii/> [Consultado por última vez el 6-9-2021].

⁵⁹ República de Bolivia: *Redactor de la Asamblea Constituyente del año 1826*, La Paz, Imprenta Hugo Heitmann & Cía., 1917, p. 840.

⁶⁰ Juan Carlos GARAVAGLIA: op. cit., p. 126.

ciendo su propia “carrera de la revolución”.⁶¹ El caso de Juan de Bernabé y Madero es paradigmático en este sentido, pues lo encontramos como Intendente del Ejército Auxiliar hacia 1816, luego como Comisario General en Buenos Aires y, tras la caída del poder central, asumiendo la Comisaría de Guerra en el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. Más adelante continuaría dedicándose a la actividad pública, incluso en el flamante estado de Bolivia, para luego retornar como Administrador de la Caja de Ahorros a Buenos Aires.⁶²

Las compras de efectos para el vestuario no provenían sólo del Alto Perú. Entre 1811 y 1812, mientras esa región se encontraba ocupada por realistas, la Comisaría realizó compras a comerciantes que operaban en la plaza porteña: Juan José Sarratea, Fernando López y Bernardo Canibe y Pucacoba. De los tres, el primero fue quien más dinero obtuvo con las ventas al ejército: \$2806 y 1 real.⁶³ Pero otro nombre destaca en lo referente al vestuario: Francisco Martínez, quien operaba en las cercanías del Tucumán y concretó dos ventas por la suma de \$15573,⁶⁴ ambas con la mediación de Francisco Gurruchaga, quien nuevamente se mostraría intercediendo para suministrar de paños a la tropa en Córdoba un año más tarde.⁶⁵ Francisco Gurruchaga era hermano de José, el abastecedor realista mencionado anteriormente, hecho que indica las múltiples alternativas comerciales que brindaba la guerra. Los cuatro proveedores en cuestión recibieron libranzas que debían cobrarse contra la caja de Buenos Aires, dado que allí operaban sus casas centrales, o bien porque utilizaban las papeletas para hacer frente a pagos de impuestos en la Aduana o de empréstitos forzosos solicitados por el poder central.⁶⁶

Si la dependencia con el Alto Perú o Buenos Aires era casi total para la obtención de telas, el aprovisionamiento de víveres se recostaba con mayor facilidad en el mismo Tucumán. Luego de los sueldos, la alimentación drenaba la mayor parte de los egresos fiscales para el ejército. En líneas generales, la base de la dieta de los soldados rioplatenses era la carne –preferiblemente vacuna–, complementada con granos (trigo y maíz), frutas y verduras. Aunque se podía consumir fresca, cuando no había ganado disponible era normal el consumo de charque. Para facilitar la digestión, la ingesta de

⁶¹ Nos referimos a “carrera de la revolución” en el sentido que le otorgó Halperín Donghi, definiéndola como una oportunidad que tomaron algunas figuras de la sociedad rioplatense que hallaron en la revolución una vía de promoción individual a través del servicio público, Tulio HALPERIN DONGHI: *Revolución y guerra...*

⁶² Isidoro RUIZ MORENO: op. cit.

⁶³ MUSEO MITRE: op. cit., Tomo IV, pp. 345, 351, 358. Sarratea provenía de una familia que había hecho grandes negocios en el suministro a los ejércitos coloniales en el Río de la Plata, cfr. Martín WASSERMAN: “Erogaciones fiscales, suministros militares y deudas. La distribución de los fondos del Real Situado en Buenos Aires entre 1766 y 1772”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 18:2 (2018), pp. 1-26.

⁶⁴ MUSEO MITRE: op. cit., Tomo IV, pp. 290, 359.

⁶⁵ *Documentos para la historia...*, Tomo IV, p. 540.

⁶⁶ Maximiliano GALLO: *Financiar la revolución, abastecer la guerra: recaudación y provisiones en el Ejército Auxiliar del Perú (1810-1820)*, Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2020.

yerba mate era asidua, así como de aguardiente.⁶⁷ Las indicaciones dictadas al Comisario de guerra antes de partir hacia el norte reflejan algunos de estos puntos: una res diaria cada cincuenta hombres; seis galletas diarias por individuo; una libra de ají, una y media de sal y seis de yerba por compañía. Los oficiales percibían ocho galletas diarias, más ají, sal y yerba mientras que la carne la debían tomar de las destinadas para sus compañías.⁶⁸

En un contexto de guerra como el del Río de la Plata, resultaba difícil para la oficialidad controlar el comportamiento de sus soldados cuando los víveres escaseaban. Aunque lo ideal dictaba que la alimentación fuera provista mediante compras efectuadas por la Comisaría o por donaciones de los poblados de paso, no era extraño que las huestes cazaran o robaran ganado para saciar el hambre, algo que la oficialidad regularmente consentía. Belgrano era consciente de la impopularidad que generaban los robos de ganado e intentaba intervenir para revertir la imagen de sus hombres, según reflexionaba hacia 1819: «(...) desengañémonos, nuestra milicia, en la mayor parte, ha sido la autora, con su conducta, de los terribles males que tratamos de cortar (...)» razón por la que era necesario que los paisanos se convencieran que «los militares no son unas fieras devoradoras de su subsistencia (...)».⁶⁹

Más allá de estos métodos de índole informal, el abastecimiento mediante vías más formales era necesario para mantener a toda la tropa. Por lo general, el abasto de ganado vacuno iba de la mano del caballar y el mular para transporte de hombres y carga. Es posible que la diversidad de proveedores que señalaba Parolo para la segunda mitad de la década ya fuera tal en la primera: junto a grandes hacendados que incurrieran en ventas por centenas de cabezas se ubicaban otros más pequeños que lo hacían por unas pocas unidades. Sin embargo, no siempre todos los hacendados apoderados comercializaban únicamente su ganado: a menudo sucedía que hacían también de mediadores entre sus pares más pequeños y el ejército, al cual le vendían lotes de diversos propietarios.

Hacia el sur de Salta, en la región conocida como Rosario de la Frontera, dos familias se destacaban en esta actividad: los Gorriti y los Puch. Ambas eran muy próximas a los Güemes, con quienes los unían lazos de amistad y parentesco. Domingo Puch, suegro del gobernador salteño Martín Miguel de Güemes, facilitaba provisiones para el ejército de manera constante. En su estancia Los Sauces acopiaba ganado y bienes para remitir a las tropas cuando fuera necesario, actuando casi como un auxiliar sobre el que la Comisaría se recostaba con asiduidad. Durante los primeros años de la década, cuando el Alto Perú aún no había sido librado a la defensa de las partidas salteñas, Puch se encargaba de acopiar ganado para enviarlo donde estuvieran esta-

⁶⁷ Alejandro RABINOVICH: *Ser soldado...*, pp. 53-61.

⁶⁸ *Documentos para la historia...*, Tomo III. Vol. 2, pp. 292-293.

⁶⁹ *Epistolario Belgraniano*, pp. 437-438.

cionadas las fuerzas revolucionarias o para proveer a las compañías de paso. La mayoría de las entregas de Puch que constan en los documentos son repetidas pero pequeñas: si se trataba de reses no superaban las 20 por ocasión a cambio de lo cual recibía un vale; si eran mulas o caballos las cantidades eran superiores, llegando a las cinco decenas.⁷⁰ Más adelante, cuando el Ejército Auxiliar se acantonó en Tucumán librando la vanguardia a las huestes de Güemes, el protagonismo de Puch aumentó, dotando al líder salteño ya no sólo de ganado, sino también de fusiles, sables y municiones que por orden de Belgrano se enviaban desde Tucumán y Córdoba.⁷¹

La ubicación estratégica de Los Sauces, en una zona de paso entre Tucumán y la ciudad de Salta, la tornaba esencial. Numerosas divisiones concurrían allí en busca de ganado por pequeñas cantidades para alimentarse a lo largo del camino a cambio del cual entregaban un comprobante.⁷² Pero al mismo tiempo que realizaba esas operaciones, Puch también vendía al ejército grandes cantidades de cabezas: en 1812, una lista del comisario Del Pino señala la compra de 207 reses por la suma de \$828.

Esa misma lista permite identificar la dualidad del sistema de aprovisionamiento: las adquisiciones de ganado por centenas se complementaban por otras de a unidades o decenas. Detallando las compras efectuadas en marzo y abril de 1812, la lista permite observar que, junto a la suma percibida por Puch, la Comisaría abonó un total de \$4892 ½, dividido en 27 proveedores, de los cuales sólo siete superaban las ventas de \$100. Mientras que Marco Bulacio entregó 498 cabezas por \$1992, Juan Tomás Velázquez negoció una sola por \$3.

Pero no sólo es posible advertir aquí las diferentes relaciones comerciales que establecía el ejército con diversos productores; las cantidades vendidas y su valor permiten identificar que las transacciones no se realizaban por un mismo precio. Contrario a lo que pregonaba la *Instrucción* en cuanto a velar por las compras a costos bajos, la lista de Del Pino muestra que la mayor parte de los ganados comprados en cantidad eran pagados más caros que los individuales. Casi todos los proveedores que entregaron más de cien cabezas recibieron precios unitarios que fluctuaban entre \$3.53 y \$4. En contraposición, las ganancias que recibían quienes vendían como máximo diez reses fluctuaban notoriamente más, entre los \$2 y los \$4 por unidad.⁷³

Esta situación podría indicar que la capacidad del ejército para alterar los precios del mercado del ganado tenía más tracción sobre los pequeños proveedores que sobre los grandes, de cuyos suministros en cantidad dependían las tropas. La atribución del Ejército Auxiliar del Perú como formador de precios es un tema sobre el que ha indagado Parolo para los años de su estadía en Tucumán de donde infiere que éste

⁷⁰ Luis GÜEMES: op. cit., Tomos I y II.

⁷¹ *Epistolario Belgraniano*, pp. 375, 462, 562.

⁷² Luis GÜEMES: op. cit., Tomo II, pp. 87, 127.

⁷³ *Ibidem*, Tomo I, pp. 464-467.

podría haber contribuido a mantener los valores del ganado estables durante un tiempo. Sin embargo, esto no significaría que se hubiera favorecido de una disminución marcada, sino que podía comprar ligeramente por debajo del precio del mercado.⁷⁴

A diferencia del ganado vacuno, hacerse con mulas para el transporte presentaba mayores dificultades para la Comisaría. Durante los primeros años de la década, mientras el ejército operaba entre Salta y el Alto Perú, donde la adhesión a la revolución aún estaba en disputa,⁷⁵ la adquisición de ganado mular no era una tarea sencilla. Luego de Huaqui, mientras las tropas del general Pueyrredon se encontraban en retirada, éste relataba los contratiempos con que se había topado en el descenso del Alto Perú, entre las que destacaba la compra de mulas. De acuerdo a Pueyrredon, los arrieros de Tarija las ocultaban premeditadamente por lo que se veía obligado a comprar las pocas que encontraba:

al precio que el capricho de sus dueños quería ponerles, como lo había venido haciendo por todo el camino desde la Loba [poblado al sur de Potosí] y hube de continuarlo hasta entrar en los desiertos, sin cuya medida no me vería hoy en salvación.⁷⁶

Incluso tras las victorias en Tucumán y Salta, que contribuyeron a afianzar su adhesión a la revolución, los problemas para conseguir mulas persistían en el Ejército Auxiliar. Para Belgrano, el conflicto no radicaba en el ocultamiento por parte de los comerciantes como una estrategia para subir los precios, sino que se debía ante todo a que las mulas y carretas de transporte disponibles en la región eran escasas, por lo que debían competir con quienes también las contrataban para sus negocios particulares. De este modo, los transportistas preferían prestar sus servicios a los mercaderes dado que su capacidad de pago era mayor y por adelantado, a diferencia del «Estado [que] sólo les da a los troperos y arrieros el dinero necesario para su habilitación y gastos indispensables»⁷⁷ y que tampoco podía garantizar el desembolso en metálico en tiempo y forma, sino que debía recurrir a las libranzas, las cuales podían presentar las dificultades vistas previamente.

⁷⁴ Cfr. María Paula PAROLO: “Las demandas de la guerra. Evolución y estructura de los gastos militares en Tucumán, 1816-1825”, *Prohistoria*, 23 (2015), pp. 21-46; e Íd.: “La evolución de los precios en Tucumán durante la primera mitad del siglo XIX”, *Folia Historica del Nordeste*, 26 (2016), pp. 96-124, <http://revistas.unne.edu.ar/index.php/fhn/article/view/889> [Consultado por última vez el 7-2-2021]

⁷⁵ Cfr. Gustavo PAZ: “Guerra y patria en el norte rioplatense: Jujuy en 1812”, *Revista de la Universidad de Montevideo*, 12 (2013) pp. 71-96, <http://revistas.um.edu.uy/index.php/revistahumanidades/article/view/31> [Consultado por última vez el 5-11-2020]

⁷⁶ Luis GÜEMES: op. cit., Tomo I, pp. 358-359.

⁷⁷ *Documentos para la historia...*, Tomo V, p. 534.

Cuando un bien escaseaba y el numerario disponible en la caja militar o en las provinciales no era suficiente para pagar por él lo que se pretendía, el Ejército Auxiliar se encontraba ante estas situaciones. Los casos señalados coinciden en que, en ocasiones, comerciantes o hacendados preferían reservar sus productos antes que entregárselos al ejército a precios bajos o ante la incertidumbre de cobrarlos tardíamente. Esto sucedía aun a sabiendas de que, si la situación era extrema, desde el poder central, la provincia o aun el mismo ejército avanzarían con contribuciones forzosas que se saldarían en metálico o, sobre todo, con los mismos bienes que se habían negado a comercializar.⁷⁸

Pero también se daban las oportunidades en que grandes proveedores se convertían en acreedores ante la incapacidad de pago de las arcas revolucionarias. Con anterioridad mencionamos la presencia de dos familias que hallaron en la guerra un negocio redituable para sus intereses particulares. Ya se ha visto la actividad de los Puch en este sentido; junto a ellos se encontraba la familia Gorriti, también propietaria de haciendas al sur de Salta y proveedores militares de ganado durante toda la década. Quien estaba al frente de esto era José Ignacio, oficial del Ejército Auxiliar, mano derecha de Güemes, diputado en el Congreso de Tucumán y posterior gobernador salteño.

Mientras se encontraba sesionando en Tucumán hacia 1816, Gorriti daba a conocer las deudas que desde el Ejército Auxiliar mantenían con él. En una carta a un capitular salteño, enumeraba haber entregado a las fuerzas de Rondeau la cantidad de 1438 reses (519 de su propiedad y 919 de vecinos) y 3847 caballos y mulas, todo lo que se sumaba a los 1100 caballos, 48 bueyes y 331 cabezas de ganado suministrados previamente al ejército comandado por Belgrano.

Al tanto de la situación de las arcas revolucionarias y lejos de pedir un reconocimiento en metálico, Gorriti solicitaba la intervención de Güemes para saldar las deudas a través de la entrega de tierras:

Yo no pretendo que se me pague en dinero porque lo creo por ahora imprudencia y un imposible; pero mi solicitud se reduce a que Ud. negocie con nuestro amigo (a quien le escribo sobre este particular) que a cuenta se me adjudique alguna finca del Estado en ésa o sus inmediaciones (...).⁷⁹

Previsor en cuanto al valor de la tierra, de donde su familia obtenía réditos desde hacía décadas, y conocedor de que en ese mismo momento el Congreso debatía una

⁷⁸ Maximiliano GALLO: op. cit.

⁷⁹ Luis Güemes: op. cit., Tomo III, pp. 484-486

confiscación de «todos los fondos y fincas pertenecientes a los emigrados»,⁸⁰ Gorriti parecía ver el momento oportuno para obtener los beneficios de proveer al Ejército Auxiliar. De todas formas, esto también da cuenta de los riesgos que podía significar abastecer a un gobierno en medio de una revolución, sin un Estado consolidado que lo respaldara en su totalidad.⁸¹

Otro de los métodos a los que recurría el ejército para la adquisición de provisiones, y que recomendaba la *Instrucción*, era el de las subastas. Estas podían emplearse tanto para la obtención de bienes como de servicios, y el modo de llevarlas adelante preveía la presentación de una licitación para la exposición de las propuestas. Con el fin de garantizar el suministro adecuado, el comisario debía acompañarse de un experto del área en cuestión: si se trataba de un remate para la compra de armamento, tenía que participar el oficial de artillería; si de materiales, el de ingeniería, y así con el resto de los rubros.⁸²

La subasta era el momento donde el ejército establecía el contacto más estrecho con los proveedores buscando garantizar la mejor compra al precio más bajo posible. Aunque con las fuentes trabajadas no ha sido posible acceder a documentos referentes a esto, el testimonio brindado por un abastecedor del ejército revela el funcionamiento del sistema. Se trata de José Celedonio Balbín, un comerciante que se vinculó con el Ejército Auxiliar durante su estadía en Tucumán, donde estrechó lazos de amistad con el general Belgrano. Hacia la segunda mitad del siglo, Balbín recordaba la figura de Belgrano y otorgaba indicios acerca de sus negocios en el aprovisionamiento militar.

Elogiando al general con figuras loables, Balbín indicaba que su relación le permitía obtener ventajas al momento de abastecer a la tropa:

Como yo le había hecho á él algunos servicios y muy continuos al ejército sin interés alguno, cuando necesitaba paños, lencería ú alguna otra cosa para el ejército, me llamaba y decía: amigo B... necesito tal cantidad de efectos, tráigame las muestras y el último precio.

Recién una vez presentada la propuesta de Balbín, se convocaba a los demás comerciantes pero

⁸⁰ *Ibidem*.

⁸¹ Un caso paradigmático en este sentido es el de Ambrosio Lezica, comerciante porteño que financió y abasteció una expedición al Alto Perú en la década del veinte con elevados intereses y promesas de beneficios comerciales. La suma fue tan abultada que el estado boliviano decidió desconocerla, llevando la causa a un litigio, cfr. Eulalia FIGUEROA SOLÁ: “Conflictos políticos y negocios. La última expedición rioplatense al Alto Perú”, *Andes*, 25:2 (2014), <http://www.icsoh.unsa.edu.ar/numeros-andes/andes-2014-25-vol-2/> [Consultado por última vez el 5-11-2020]

⁸² *Instrucción...*, p. 59.

(...) generalmente éstos no tenían las cantidades que necesitaba el general, ni podían vender tan acomodado como yo, por ser muy valioso el negocio á mi cargo; así es que continuamente le hacía ventas.

De este modo, Belgrano inclinaba el remate a favor de Balbín puesto que «usted es preferido á todos». Así, esta práctica era el modo habitual en que desde la comandancia se aseguraban la provisión a precios accesibles pues, señalaba, Belgrano «no permitía que se le robase un solo peso al Estado, ni que se le vendiese más caro que á otros». ⁸³

Aunque la descripción no se extiende más, esas pocas líneas bastan para constatar que en el aprovisionamiento militar las relaciones personales o comerciales entre distintos actores (comerciantes, hacendados, dirigentes o militares) eran fundamentales para garantizar el abastecimiento. Esto no sucedía a expensas del bolsillo de los proveedores; por el contrario, existía un grupo que hallaba en el avituallamiento un negocio provechoso. Pero es probable que tampoco sucediera a cambio de vaciar las arcas fiscales de las provincias, del poder central o de la misma caja militar, sino que se buscaban alcanzar acuerdos que fueran accesibles para las cuentas revolucionarias, aun cuando éstas se mostraban deficitarias con regularidad.

Al mismo tiempo, las subastas también eran empleadas para la venta de productos excedentes por parte del ejército. O al menos así lo consideraba la *Instrucción*:

Quando de dichos acopios quedasen sobrantes que no tengan aplicacion, ó quando algunos se hayan deteriorado ó reconozca arriesgada su conservacion, se venderán tambien en sub-basta. ⁸⁴

La realidad, sin embargo, se mostraba diferente. Si bien las ventas por subasta se realizaban, se trataba menos de deshacerse de los excedentes que de intentar recaudar dinero para sobrevivir. En la segunda mitad de la década, con el esfuerzo fiscal porteño destinado a la campaña sanmartiniana, el Ejército Auxiliar debía suplir la disminución en los auxilios económicos. Para ello, Belgrano parecía haber encontrado en la venta de cueros un respiro para la caja militar. Las inmensas cantidades de reses consumidas por la tropa desechaban un número igual de cueros –producto que por entonces era uno de los principales exportables del Río de la Plata—⁸⁵ que desde la In-

⁸³ MUSEO MITRE: op. cit., Tomo I, pp. 241-256.

⁸⁴ *Instrucción...*, p. 59.

⁸⁵ Eduardo MÍGUEZ: *Historia Económica de la Argentina. De la conquista a la crisis de 1930*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

tendencia del Ejército se comercializaban. Sin embargo, esto no significaba que se hiciera un dineral con ellos, como lo daban a entender las palabras del general:

Los cueros de las reses que se consumen en los Ejércitos están destinados a beneficios de los infelices individuos que lo componen, con el objeto de comprar algunos artículos, como yerba, azúcar, tabaco, etc., para entretener al hambre que los devora (...).⁸⁶

Conforme avanzaba la década, la adquisición de dinero para el avituallamiento se haría cada vez más hostil para el Ejército Auxiliar. Antes de la disolución del poder central, las dificultades ya eran notorias en el seno de la tropa; la necesidad de comercializar el cuero para alimentar a los soldados era una muestra de esto. Desplegado entre Tucumán y Córdoba, hacia 1819 el Ejército Auxiliar se desarticulaba entre reprimendas de levantamientos locales y desorganizaciones internas. Mientras tanto, desde Salta se comenzaba a planificar un nuevo avance hacia el Alto Perú, esta vez en coordinación con el Ejército de los Andes.

Para eso, Belgrano, todavía al frente del Ejército Auxiliar, continuaba intentando organizar el abastecimiento de las tropas de avanzada que comandaría el gobernador salteño. Pero la realidad ya distaba del ideal. El general le comunicaba a Güemes de la necesidad de contratar hacendados que produjeran charque para avanzar hacia el Alto Perú. Ante la falta de precisiones, el gobernador salteño solicitaba información sobre la cantidad de hombres a alimentar y el tiempo previsto a la vez que solicitaba dinero para realizar las compras pues «no hay hacendados con quienes contratarlas en crecido número».⁸⁷ Una vez más, los productores locales se negaban a pactar con el ejército vendiendo a cuenta. Belgrano, por su parte, denunciaba que carecía de mayor información y numerario, pero indicaba a Güemes que librase los pagos contra la caja de Buenos Aires. La situación, finalmente, derivaría en la venta de tierras públicas para pagar la carne salada y en el levantamiento de empréstitos forzosos.⁸⁸

A modo de cierre

En las páginas anteriores nos hemos aproximado al aprovisionamiento del Ejército Auxiliar del Perú a lo largo de la década revolucionaria. Aunque no es posible obtener más que conclusiones parciales debido a la documentación trabajada, ellas indican que el ejército que operó por diez años entre el Alto Perú y el Tucumán se apoyó en una

⁸⁶ *Epistolario Belgraniano*, p. 445.

⁸⁷ Luis GÜEMES: op. cit., Tomo VIII, pp. 434-436.

⁸⁸ *Ibidem*, pp. 436-438.

estructura burocrática y militar materializada en la Comisaría y luego en la Intendencia que hicieron frente a las dificultades recurrentes para la obtención de los recursos básicos para la guerra.

Aunque no podemos calcular con exactitud qué porcentaje de las provisiones fueron proporcionadas por la Comisaría, resulta evidente que ella no bastó para provisionar a una tropa de miles de hombres desplegada por el territorio conforme transcurría la guerra y las arcas del gobierno central y de las provincias se encontraban cada vez más exhaustas. Las requisas, los robos, la caza y otros recursos informales en el Ejército Auxiliar eran una constante que sin dudas suplía las falencias en el avituallamiento que debía cumplir la Comisaría. Sin embargo, la injerencia por parte de ésta última para organizar las provisiones militares era central. Aunque no se estableció un sistema homogéneo, las múltiples alternativas que manejaba la ubican como una dependencia fundamental para la gestión de la guerra.

Con seguridad, un mayor acceso a las fuentes permitiría conocer a fondo los organigramas de estas dependencias militares, tanto en el Ejército Auxiliar como en el gobierno central. Si bien sobre esto último contamos con el trabajo citado anteriormente indicando lo que en un principio podría parecer un volumen reducido de funcionarios, es necesario insistir en que se trataba de un número considerablemente mayor que el de los años previos a la revolución (donde la administración militar era tanto más exigua). Por otro lado, resulta difícil obtener parámetros comparables para cuantificar esta incipiente burocracia independiente. En cualquier caso, consideramos que obtener un panorama año a año serviría para observar la evolución del cuerpo de servidores en la Comisaría –pero también en otras dependencias militares– con el correr del tiempo.

En la introducción se vio la relevancia que tenía para el gobierno revolucionario y para los propios jefes del ejército la conformación de cuerpos profesionales y disciplinados, aptos para llevar adelante una guerra extensa en el tiempo y el espacio. Es en este sentido en el que creemos que debe observarse a la gestión de la guerra a través de la Comisaría.

Si los objetivos radicaban en sostener una tropa numerosa, evitar las deserciones y lograr obediencia por parte de las huestes, la Comisaría adquiere mayor importancia. Tanto por la tarea de pasar revista como por el hecho de garantizar las provisiones, la Comisaría se ubicaba en el centro del esquema de profesionalización que pretendía el poder central y que se plasmaba en el Ejército Auxiliar. Aquí se destacaba la presencia de Belgrano, no sólo por su larga estadía al frente de la tropa en dos oportunidades, sino porque en ambas debió reconstruirla tras una derrota, impulsando cambios en múltiples rubros. La creación de la Intendencia para optimizar el funcionamiento de la burocracia militar es una muestra de ello, aunque un análisis más profundo de las fuentes permitiría identificar con mayor precisión si, con el correr de los años,

la gestión de la guerra alcanzó niveles más elevados de profesionalización estando sujeta a los altibajos del ejército y del proceso revolucionario que lo gestó.

Esto no solo serviría para profundizar el conocimiento sobre la revolución y la guerra, sino también para identificar continuidades entre el proceso revolucionario y el periodo posterior. La perdurabilidad de algunas instituciones allende 1820, como el caso de la Comisaría de Guerra en Buenos Aires, bajo la conducción de hombres que supieron ocupar los mismos cargos durante la revolución, indicaría que la mentada burocratización habría dado sus frutos al sentar los cimientos de instituciones que sobreviviesen las contingencias políticas.